

CULTIVANDO EL AMOR A LA IGLESIA

(A PROPOSITO DE LA HISTORIA BREVE DEL CRISTIANISMO
DE JOSÉ ORLANDIS)

POR

LUIS MARÍA SANDOVAL.

A primera vista, la situación de la historia es ambigua: si bien su lectura resulta ser del agrado prácticamente universal, pocos la librarían al tiempo de la tacha de inutilidad. Sin embargo, hay que afirmar que, aunque es sabido que la historia no sirve para nada, resulta igualmente cierto que quien no sabe historia está condenado a no entender nada.

En un primer y elemental grado, la historia sacia la universal curiosidad de los hombres por el pasado, pero es algo mucho más transcendente. El conocimiento de la historia es fundamento imprescindible para todas las ciencias humanísticas: como en tales materias apenas cabe experimentación, por razón de la dignidad de los sujetos y por imposibilidad práctica, sólo la consideración de lo ya acontecido permite ampliar el objeto de la reflexión social más allá de la propia experiencia.

Pero si la historia sólo fuera maestra de la vida social, su estudio sólo se justificaría para algunos filósofos y científicos, y particularmente para cuantos tuvieran o hubieran de tener responsabilidad de gobierno.

Sin embargo, la enseñanza de la historia llena otra función que atañe a todos: por ella se transmite específicamente la tradición de la comunidad, inspirando adhesión y amor, los cuales, como sentimientos, no consienten sino objetos concretos. La historia recibida y asumida es un medio de identificación social; el orgullo por una historia común es por todos reconocido como elemento fundamental del patriotismo.

Lo dicho se aplica también a la Iglesia, comienzo terreno de nuestra Patria definitiva, máxime por cuanto el misterioso lazo común de vida sobrenatural es más poderoso, duradero y cierto que el existente entre connacionales.

Si desde la física a la filosofía el conocimiento de la historia de una ciencia permite encuadrar las sucesivas aportaciones y el actual estado de la cuestión, que es el punto de partida de ultra-

riores investigaciones, también para la Teología el estudio de la historia de la Iglesia es una premisa fundamental. Pero la justificación del acercarse a la historia de la Iglesia no se limita tampoco a este motivo y, por ende, a unos pocos especialistas: la Iglesia es una comunidad viva, posee una dimensión temporal que es prolongación del Misterio de la Encarnación, y la historia de los que nos precedieron en el signo de la Fe nos transmite, con su ejemplo, buena parte de ese *sensus ecclesiae* que excede a las formulaciones teológicas.

Sin embargo, cuando se piensa en proporcionar una formación cristiana, suele pensarse ante todo en la doctrina, relegándose hasta olvidarse la conveniencia de que los bautizados estén familiarizados con la historia de la Iglesia. Conveniente para reforzar nuestro apego a ella, para completar nuestra perspectiva cristiana, para edificarnos con el ejemplo de los cristianos del pasado, para saber, por comparación, dar su justa medida a las dificultades de cada tiempo, y también por utilidad apologética: para defender a nuestra madre la Iglesia de ataques cotidianos, en los cuales menudean tanto o más las imputaciones históricas erróneas o falsas que las objeciones doctrinales.

Pero, además, historia y tradición son dos realidades conexas, y el aspecto tradicional de la Iglesia es una de sus dimensiones más importantes: la Tradición apostólica es, como se estableció en Trento, una de las fuentes de la Revelación, y la referencia al depósito de la fe y a las tradiciones es copiosa en el Nuevo Testamento, desde el exordio del evangelio de San Lucas a las epístolas de San Pablo y de San Pedro.

Dicha dimensión es precisamente una de las más arteramente combatidas hoy. Resulta notorio que desde los mismos ambientes progresistas se esgrimen argumentos completamente divergentes contra la ortodoxia, los cuales sólo tienen en común el desprecio por la continuidad de las generaciones cristianas, esa de la que nos da testimonio la historia:

en ocasiones se apela sin más a lo 'moderno', y entonces, cuanto no corresponde a la última lucubración dudosa o heterodoxa se desdefía, sin más, por 'superado';

— pero, en tanto es posible, se procura avalar los propósitos progresistas bajo el manto del retorno a un cristianismo 'primitivo'.

Significativamente, en ninguno de los dos casos son tenidos en mayor consideración los católicos que han vivido su fe durante los siglos (y a veces milenios) intermedios: ni los directos receptores de las tradiciones primitivas, ni aquellos que no son ya nuestros contemporáneos por apenas tres decenios.

Cómo es posible que ambas posturas sean al tiempo erróneas y rechazables se explica por el entendimiento cabal del término tradición, que significa tanto la transmisión, cuanto su objeto, contenido o legado. Circunscribiéndonos a la primera acepción, en el proceso de transmisión se distinguen propósitos y efectos distintos: sea el dar testimonio fiel de una noción original; sea el constituir el cúmulo de soluciones acerca de cualquier cuestión que se van conservando, mejorando o sustituyendo (el progreso social hereditario de Mella); sea el desarrollo vital irreversible de una comunidad, cual si de una persona se tratara.

Pues bien, en la Iglesia, eterna y temporal, divina y humana al tiempo, se presentan todas esas formas de tradición.

En lo que a la fe y la moral se refiere, la Tradición —paralela a las Escrituras— debe transmitir con exactitud a través del tiempo la Revelación divina, cualquier apartamiento so capa de innovación es una desvirtuación y una ruptura. Por consiguiente, los testimonios más antiguos son los más venerables por más próximos a las fuentes, y a ellos debemos adherirnos invariablemente. Después de los Santos Padres, el número de los doctores de la Iglesia puede engrosarse, pero no corregir sus enseñanzas. Y al respecto, la historia de la Iglesia nos sirve para ver y comprobar cómo a través de los tiempos se ha mantenido y transmitido, íntegro e inmutable, el depósito de la fe.

Por el contrario, en sus aspectos humanos la Iglesia va acumulando experiencias y perfeccionándose. Son entonces las instituciones vigentes (las tradiciones más modernas) las que hemos de presumir más valiosas, pues deben considerarse —en la espiritualidad, lo litúrgico, lo disciplinario, lo pastoral— como resumen probado y depurado de todo lo anterior. En estas materias, el inmediato pasado estará siempre más próximo a las circunstancias actuales que el más remoto, y el retorno a lo primitivo es, en el mejor de los casos, una regresión, cuando no puro pretexto. También aquí la historia de la Iglesia es imprescindible para comprobar su continua fecundidad y para comprender la razón de ser de la Iglesia visible, tal como está configurada hoy.

Con lo dicho parece claro que a todo cristiano con celo de su fe le es sumamente conveniente conocer la historia de esos anillos intermedios en la tradición de la Iglesia que le ligan a Cristo y a Pentecostés. Y también lo es en cuanto meros españoles y europeos, porque si sólo los católicos nos encontramos como en propia casa en el pasado de Europa (a protestantes y liberales les produce embarazo, cuando no extrañeza) es porque la historia de la Iglesia es raíz y tronco de Europa.

Pero la materia es tan amplia, que el propósito de imponerse

de la historia cristiana, nada más formulado, puede rendirse al desaliento. La perspectiva de obras extensas y densas, o que requirieran conocimientos previos, hacen comprensible el que pocos se cultiven al respecto. Mejor dicho, lo harían comprensible si no existiera un reciente y brillante libro del profesor Orlandis (1) que ofrece con creces cuanto hemos considerado como necesario y recomendable, doblándolo de sencillez y brevedad.

Entre la copiosa producción del profesor Orlandis, que abarca múltiples disciplinas (destacando su autoridad en historia visigoda), ya se contaba desde 1974 una historia de la Iglesia antigua y medieval que ha alcanzado ya la quinta edición (2). Ahora, sin embargo, ha acometido la tarea de narrar la historia completa de veinte siglos de Iglesia de modo que fuera accesible a todos: el propósito del autor, cumplido y superado, ha sido el de presentar a cualquier lector no iniciado la idea clara de lo que han sido y han representado esos dos milenios de vida cristiana.

No se trata, por supuesto, de un libro concebido como texto de consulta, sino eminentemente pedagógico. Ante todo, es un libro breve y fácil, para ser leído íntegro y de corrido, en el que las líneas principales de la evolución de la Iglesia (y de su entorno histórico) resaltan con sorprendente claridad.

Pero no ha de creerse que sus virtudes son apenas las ya encomiables de la brevedad y la sencillez. Lo más sorprendente es apreciar el profundo esfuerzo de síntesis que encierra cada capítulo y aun cada frase: si para el lector novel se trata de una breve introducción, para el que ya conozca el tema bien puede constituir un breviario de conjunto.

Profundizando aún más en ese propósito pedagógico, de orden y de síntesis, los treinta y cinco capítulos en que se divide la obra están a su vez divididos en puntos, y van precedidos de un párrafo sumario que resume el contenido del capítulo. Al final de la obra tales sumarios están reunidos uno a continuación de otro, para constituir el resumen del libro entero en apenas diez páginas. También incluye una pequeña cronología y un índice onomástico. Todo ello hace del libro un instrumento de trabajo muy útil para introducir a la historia de la Iglesia a los jóvenes católicos, que deben acompasar su formación religiosa al resto de sus estudios académicos.

Las virtudes del libro que comentamos no se agotan aquí:

(1) ORLANDIS, José: *Historia breve del cristianismo*, Ediciones Rialp, segunda edición, Madrid, 1985, 230 págs.

(2) ORLANDIS, José: *Historia de la Iglesia*, I. *La Iglesia antigua y medieval*, Ediciones Palabra, 467 págs.

El lector español agradece especialmente que no se omita ninguna de las grandes aportaciones de España a la Iglesia universal, desde Osio de Córdoba a José María Escrivá de Balaguer, pasando por el cardenal Gil de Albornoz, la determinación del César Carlos de entregarse enteramente a la defensa de la ortodoxia y la multitud de mártires de 1936.

En otras ocasiones nos encontramos con acotaciones de tipo doctrinal y formativo al hilo de la narración: al hablar de San Jerónimo se explica lo que se entiende por el valor auténtico definido de la *Vulgata*, y la referencia a Santo Tomás de Aquino concluye aludiendo a la particular autorización de su doctrina por la *Aeterni Patris* y posteriores declaraciones de la Iglesia.

Junto a síntesis maravillosamente densas y sugerentes, como la de la repercusión social y eclesiástica de la cristianización del Imperio Romano (cap. VII) o la caracterización de la Cristiandad medieval (caps. XV y XVI) no le falta espacio para anécdotas y frases que dan calor a la narración y evitan que se pierda en un resumen abstracto.

Pero con todo esto, lo más valioso es su criterio seguro y explícito, como corresponde a una historia de la Iglesia escrita desde la fidelidad absoluta a la misma, y en la que predomina el gozo de pertenecer a ella, la solideridad con su labor y la satisfacción por sus glorias, sobre la vacilante, amarga, vergonzante y pesimista 'autocrítica' hoy tan usual.

Orlandis no teme dar juicios netos —y favorables— sobre las realizaciones temporales de la Cristiandad más controvertidas:

— del imperio cristiano de Constantino: «Fue solamente a partir de Constantino cuando la multitud de personas vulgares, que son siempre mayoría en las sociedades terrenas, encontraron expedito el acceso a la Iglesia»;

— sobre las Cruzadas, de las que muchos laicos cristianos sólo destacan hoy sus violencias, abusos y fracaso final, escribe el P. Orlandis: «La empresa más característica de la Cristiandad fue la Cruzada... El espectáculo, tantas veces reiterado durante dos siglos de príncipes y pueblos que tomaban el camino de Oriente, impulsados —más allá de cualquier otra consideración— por el afán de libertar el Santo Sepulcro, es una prueba impresionante de la profunda seriedad que tuvo la religiosidad medieval. Las Cruzadas se saldaron en definitiva con un fracaso; pero el solo hecho de que unas motivaciones en que prevalecía el idealismo cristiano pudieran dar vida a un fenómeno de tal envergadura, basta ya de por sí para justificar las Cruzadas ante la historia»;

— de la misma Inquisición medieval dirá: «tuvo la desgracia

de ser hija de su tiempo y de nacer en un momento de endurecimiento general de la vida jurídica, como fue el de la recepción del Derecho romano»;

— o la expansión ibérica ultramarina: «El balance de la obra civilizadora de España y Portugal, por grandes que fueran las deficiencias y abusos que pudieron darse, presenta un saldo abiertamente positivo: la población indígena fue respetada y sobrevivió en libertad, recibió la fe y la cultura cristianas, y hoy los cientos de millones de católicos de Iberoamérica y Filipinas constituyen la gran reserva demográfica del Cristianismo y la Iglesia»;

— y respecto a nuestra contemporaneidad escribe así del Vaticano II: «No hizo... ninguna definición dogmática, por lo que sus enseñanzas no tienen la prerrogativa de la infalibilidad; pero constituyen actos del Magisterio solemne de la Iglesia y exigen, por tanto, de los fieles una adhesión interna y externa... Pero en torno a la época de su celebración afloró a la superficie una profunda crisis de la vida eclesial, traducida en un sinnúmero de abusos cometidos en nombre de un pretendido 'espíritu conciliar', que nada tiene que ver con el genuino espíritu del concilio ni con la letra de sus documentos... se produjo entonces una violenta explosión 'neomodernista'... de extensión y alcance prácticamente universales». En cierto modo, también está sugiriendo una interesante y esperanzadora reflexión sobre la presente crisis posconciliar desde la fe y la historia de la Iglesia, cuando refiriéndose al arrianismo escribe en estos peculiares términos: «La victoria de la ortodoxia en Nicea fue seguida, sin embargo, por un 'posconcilio' de signo radicalmente opuesto, que constituye uno de los episodios más sorprendentes de la historia cristiana».

Si algún reparo hay que poner al libro que comentamos es el tratamiento que da al liberalismo y a los católicos liberales.

Y no es que culpabilice a la Iglesia de no plegarse al liberalismo, ni omita las condenas pontificias, ni explicar que su ideología «enlazaba con el pensamiento ilustrado del siglo XVIII. Una concepción antropocéntrica del mundo y de la existencia constituía la base de esta ideología liberal», sino que ello queda difuminado, y el enfoque y el tono con los que aborda el tema no tiene la postura nítida del resto del libro, resultando benévolo e indulgentes.

A nuestro modo de ver, no resulta orientador comenzar reivindicando la raigambre cristiana de muchos elementos —indeterminados— del liberalismo antes de hablar de los negativos derivados directamente de la cosmovisión fundamental descrita, como si no supiéramos desde Chesterton que el mundo moderno está plagado de virtudes cristianas que se han vuelto locas; tam-

bién se podría empezar hablando del socialismo diciendo que la idea de la intervención tutelar del poder público en favor de los más débiles es de raíz cristiana, etc. En un texto tan condensado, ésta y otras formas, y la suspensión de juicio de conjunto sobre el liberalismo, tienen su importancia, sobre todo porque bastaría aplicarle idéntico criterio que aplica a la consideración del marxismo (pág. 172).

Lo de la suspensión de juicio lo decimos por lo siguiente: Si comparamos los títulos y sumarios de los capítulos finales se constata la rotundidad de los juicios: «El regalismo monárquico frente al Pontificado», «La Ilustración anticristiana», «La Revolución francesa, en sus momentos álgidos, trató de eliminar toda huella cristiana de la vida social», «Ideologías de signo anticristiano, como el Marxismo y el Anarquismo...», «Bajo el influjo de causas muy diversas —como las filosofías irreligiosas, el cientifismo decimonónico y el Protestantismo liberal— tomó cuerpo en la Iglesia el fenómeno modernista— [que] venía en la práctica a vaciar de contenido sobrenatural la fe católica», «Los totalitarismos de diverso signo coincidían en someter la persona a la voluntad omnímoda del Estado. En países cristianos —como Rusia, México y España—, la persecución religiosa revistió extraordinaria violencia», «gran parte de Europa quedó en poder de otro totalitarismo, portador de una ideología atea, que impuso graves restricciones a la libertad de los cristianos. La implantación de regímenes comunistas en China y otros países impidió en ellos la actividad misional...», y ya vimos la calificación de neomodernista al progresismo posconciliar.

Por contraste, no resulta expresivo el título de «Catolicismo y Liberalismo», capítulo cuyo sumario no contiene afirmaciones sino preguntas abiertas: «¿Sería posible llegar a un entendimiento entre Catolicismo y Liberalismo? ¿Convenía a la Iglesia un régimen de simple libertad, sin protección del Estado ni el reconocimiento de sus privilegios tradicionales? ¿Debían tener la verdad y el error los mismos derechos en la vida pública? Estos y otros interrogantes recibieron distintas respuestas por parte de los católicos...». Esta es la única excepción a la tónica pedagógica del libro.

La importancia de esta indefinición de preguntas abiertas estriba en que se trata del adversario presente de la fe y de la vida cristianas: vencidos los totalitarismos fascistas, en crisis los totalitarismos comunistas, la crisis moral del 'mundo libre' en el que la «sociedad del bienestar ha demostrado tener una sorprendente capacidad de disolución del espíritu cristiano», como dice el propio Orlandis, no es sino el último desarrollo del naturalismo antro-

pocéntrico liberal, ideología con la que la Iglesia en dos siglos no ha conseguido nunca un momento de auténtica paz. Y la crisis posconciliar interior es un rebrote modernista; pero, ¿qué es éste sino la liberalización interna del cristianismo?

Lamentamos, por ello, que el profesor Orlandis se limite acerca de este punto a exponer puramente hechos (3), y no aprovecha la oportunidad de presentar a las claras la raíz liberal de los males morales y sociales que denuncia en el último capítulo.

También notamos un distinto tratamiento de los católicos tradicionales y los católicos liberales; de los primeros no se cita ningún nombre propio, y su postura política se presenta como comprensible resultado de las recientes experiencias revolucionarias. Aunque fueran derrotados, su amor sincero por la Iglesia defendiendo sus derechos con la pluma y la sangre, y el haber estado en los orígenes del catolicismo social, pienso que merecerían que al menos se citaran nombres como los de Maistre, Donoso o Veuillot, y de colectivos como el carlista. Aparte de que la escuela pamplonesa de Federico Suárez ha reclamado desde hace tiempo la distinción de unos tradicionalistas reformistas, rechazando ver en ellos meros continuadores acrílicos del Antiguo Régimen.

Por contra, creo que la trascendencia de los católicos liberales para hacerlos merecedores de referencia más extensa, estribaría en ver en ellos, bien los prolegómenos del «Sillon» o del modernismo —condenados también como Lammenais—, o bien en proponerlos como precursores del rumbo que todos los católicos deberían adoptar, extremo que no me parece clarificado.

Exponer nuestra discrepancia con dicha suavidad del libro respecto del liberalismo nos parecía necesario. Pero con ello no deseamos desmerecer todo lo dicho antes, porque si no militante en el tratamiento del liberalismo están expuestos correctamente los elementos de la cuestión. Además, esa crítica nos permite evitar que el cúmulo de alabanzas que nos merece hiciera poco creíble el panegírico, cuando nuestra recomendación es el de que se adquiera y difunda, como libro fundamental para acercarse a la historia de la Iglesia y promover la adhesión a su realidad divina y humana, sobre todo entre los jóvenes.

(3) Al hablar de la condena de Lammenais por la *Mirari vos*, apostilla que «el papa afirmaba» que la igualdad de trato a todas las creencias conducía al indiferentismo religioso, lo que podría dar lugar a interpretarse como que no tenía por qué ser así.